

1.5.2. / 890

21-II-1924 (Editado por Unamuno)



UN PRONUNCIAMIENTO DE CINE Por Miguel de Unamuno

(Para LA NACION) SALAMANCA, fin de año de 1923.

Ha estado más de tres meses sin escribir nada para estas mis habituales columnas de LA NACION, todo el tiempo transcurrido después del pronunciamiento de los generales casineros en 13 de septiembre último. No me sentía con ánimo para escribir de otra cosa cualquiera creyendo de mi deber informar a mis lectores argentinos del sentido de ese pronunciamiento, y quería, por otra parte, conceder a sus autores el plazo que para que se juzgase imparcialmente de su obra pidieron. Y no porque no me hubiese percatado desde un principio de lo que semejante pronunciamiento podría dar de sí. De tal modo que fui de los primeros en ponerme en contra de la obra del llamado Directorio.

Bastaba, en efecto, haber leído aquel bochornoso manifiesto que lanzó Primo de Rivera al país el 12 de septiembre; aquel documento que sólo pudo brotar o de una hora de anomalía anímica o de un impulsivo peluquero con una inteligencia por debajo de la mediana. El estilo—no quiero decir la redacción gramatical ni nada externo y puramente literario—el estilo de aquel manifiesto delataba los frívolos motivos y las pequeñas pasiones personales, mejor: individuales, que dirigieron el pronunciamiento. En aquel desdichado documento, de una ligereza inconcebible, se hablaba de masculinidad y no de virilidad—macho no es varón—se proclamaba en los militares "casta" y con una "moral" propia, se acusaba al rey y hasta se le amenazaba, se declaraba a los del cotojaro exentos de culpa y se concretaba el ataque a los llamados hoy viejos políticos—éstos son más viejos—en un solo hombre a quien se le llamaba "repravado" y "cínico". ¿Y por qué? Porque había contribuido a rescatar unos cautivos y porque se disponía a acabar esa disparatada campaña de Marruecos de la única manera digna y noble, haciendo la paz justa con los moros y renunciando a un injusto desquite por lo de Annual. Porque el desastre de Annual no fué, en el fondo, más que el justo castigo de la injusta agresión del general F. Silvestre, la consecuencia de las atrocidades que contra el derecho de gentes y las leyes eternas de humanidad habían cometido en Africa nuestros presuntos cruzados.

Esta y no otra es la culpa que se le echaba al ministro de Estado. Queríasele condenar por delito de alta traición. Y al noble caballero don Horacio Echevarrieta, el que medió en el rescate, se le han registrado sus tres casas, en Bilbao, las Arenas y Madrid, buscando pruebas de tratos con el enemigo. Todo lo demás que contenía aquel pobre y triste manifiesto no era más que encubrimiento. No se trataba de llevar a cabo una revolución saneadora desde el poder; se trataba de evitar la revolución que se veía venir desde abajo, gracias sobre todo

a la persistente, enérgica y cauta acción de la minoría socialista del Parlamento que era la que llevaba sobre todo la obra de la Comisión de responsabilidades por el desastre de Annual.

No se olvide que en las últimas elecciones generales de diputados a Cortes la candidatura socialista obtuvo la mayoría en Madrid gracias a que el Partido Socialista era el que con más energía demandaba esas responsabilidades y a la vez el único que se pronunciaba por el completo abandono de la aventura marroquí. Aquella votación significó que el pueblo español deseaba en su mayoría ese abandono; que el pueblo español estima que el Ejército es para la Nación y no ésta para aquél, y que no hay, por tanto, que continuar una guerra ruinosa e injusta no más que para que un Ejército quede bien a su propio juicio y recobre un prestigio perdido. Las guerras no se emprenden para que se luzcan los Ejércitos.

El pronunciamiento se llevó a cabo para evitar el completo esclarecimiento de lo que ha pasado en Africa, para evitar que substanciado el proceso contra el general D. Dámaso Berenguer resultase, acaso, a toda luz la intromisión anticonstitucional del monarca en la dirección de la campaña y toda la culpa, que es la mayor, que le cabe a D. Alfonso en el desastre. Porque el desastre nació del fantástico ensueño de lo que hemos llamado el Vice-Imperio Ibérico y de la tema del protectorado sobre Tánger. Ensueño de protectorado que acaba de venirse abajo a pesar de la asistencia que se fué a mendigar de Mussolini. Porque el viaje a Italia ha sido para la dinastía otro desastre como el de Annual. Sólo ha podido entusiasmar a algunos crédulos clérigos y a sus sacristanes.

Todo lo del saneamiento y el descaje del caciquismo y el restablecimiento de la autoridad no es más que bambolla y bambalinas, y modo de atraerse a los pobres aturdidos que sueñan con los horrores del comunismo y del sindicalismo. A tal punto que la desdichada plutocracia catalana vendió una vez más el alma de su pueblo por un poco de seguridad material, dejó que se injuriara e hiriera a la tan decantada personalidad catalana a cambio de que se le prometiera denunciar los tratados de comercio. Que no pudieron ser denunciados, a pesar de lo que se decía en el exabrupto del 12 de septiembre, porque "no son tan malos como parecían", según declaró poco después el firmante del exabrupto. Y es que no son tan malos como les parecía a los que le dictaron esa parte de su engendro.

El saneamiento se ha reducido a unas ridículas cesantías, a medidas litúrgicas o de ordenanzas y a persecución a pobres agentes municipales. Y por cierto se han suicidado ya más secretarios de Ayuntamiento —algunos de ellos honrados aunque ne-

gligentes—que oficiales del Ejército se suicidaron después de lo de Annual.

Entre esas persecuciones, más de aparato y película que de substancia y drama, las hay verdaderamente monstruosas. El reciente procesamiento del ex ministro de Estado por supuesto delito de estafa es una de las cosas que demuestran a qué grado de abyección puede llegar un juez que tiene que servir fines políticos reprobables. Lo que autoriza toda la dureza de los juicios que contra la magistratura y la judicatura españolas ha pronunciado el Directorio, en preámbulos de decretos, y su presidente en discursos públicos, bien que, como los suyos, nada meditados ni comedidos, sino de atolondrado desahogo.

Hay que agregar la manera como se ejerce la censura. De lo que podríamos estar escribiendo mucho tiempo y haciendo reír con la mostración de los artículos o de los trozos de ellos tachados. En general tachan casi todo lo que no entienden, y como es tan poco lo que entienden...! Persiguen la ironía. "Esto está envenenado!" — exclamaba un censor ante algo que se le escapaba. Y hoy tachan lo que dejan pasar mañana y aquí lo que pasa allí. Hay, ante todo, que dar la impresión de que el pueblo está satisfecho con este que llaman el nuevo régimen, de que sólo discrepan de él cuatro eternos descontentos. Y poder hablar de "unanimidad". Si hubiesen creído que los disidentes, que los no conformados habríamos de ser muy pocos, nos habrían dejado decir todo y atacarnos. En Italia los fascistas quemaron la casa al que se atreve a discrepar en público; aquí la censura tacha la discrepancia. Aquí esgrimen el lápiz rojo o azul, ya que no pueden esgrimir la espada. Y es que se han encontrado con muy otra resistencia que la que esperaban.

Y mientras la obra cinematográfica de este pronunciamiento cómico se está desmoronando, mientras se hundien las ligeras bambalinas del Directorio, don Alfonso vuelve los ojos a aquellos viejos políticos con los que jugó y a quienes maltrató. Pero ya la cosa está clara; en España de aquí en adelante no cabrá el equívoco del liberalismo dinástico, en España ha muerto el alma de la monarquía constitucional, en España desde ahora liberal será sinónimo de republicano. Y por esto los únicos que de verdad se apresuraron a ofrecerse al Directorio fueron los antiliberales, los anticonstitucionales, los antiguos carlistas, los que aun sueñan en cruzadas contra la morisma y en entregar a la Iglesia la enseñanza pública.

No sabemos qué régimen habrá en España cuando estas líneas se publiquen ahí, pero recuerden mis lectores cómo van resultando los vaticinios que vengo haciendo desde estas columnas. Y no olviden que les digo que ya no es posible en España liberalismo dinástico.

MIGUEL DE UNAMUNO HA SIDO DESTERRADO

situación frente al Directorio Militar

Las noticias que en los últimos días han anunciado síntomas de inestabilidad política en ciertos sectores de la opinión pública española, se agravan a la que consignamos en esta columna y que se refiere, de un lado, al Lrro impuesto a nuestro eminente escritor D. Miguel de Unamuno y a Rodrigo Soriano, y de otro, a la clausura y ocupación militar del Ateneo de Madrid. Esto querria que el camino que se ha trazado el Directorio para realizar su plan de obras administrativas y políticas no que ya tan limpio de dificultades en los primeros meses de actualictatorial y que la actitud de los elementos políticos conduce ya a un criterio de los generales que goza, a probables y más extensas medidas del país.

Es evidente que la censura sobre las cosas de prensa, que cada vez ejerce con más rigor el Directorio, no permite darse cuenta clara de la verdadera situación política española, y que no hay por lo tanto un criterio exacto que aplicar oportunamente a medidas de esta naturaleza; pero también es evidente que estas medidas, por sí solas, tienden a dar verosimilitud a los rumores que atribuyen anomalías fundamentales en el proceso gubernativo. Si en los primeros meses de actuación el Directorio pudo gobernar sin acudir a tales extremos de violencia, es claro que en aquel entonces su asiento en la opinión era más efectivo y dilatado de lo que hoy es.

Tres causas principales pueden tomarse, filosóficamente, como engendradoras de los posibles desastres así demostrados. La primera y de carácter más general, es el fracaso de las radicales aspiraciones del pueblo español respecto del gobierno definitivo de Tánger, fracaso que ha sido más ruidoso para el Directorio por la circunstancia de haber constituido su primera empresa diplomática, su estreno en materias trascendentales de gobierno, su hora grave en la que tenía que actuar provocando la comparación con la forma en que actuaran en tópicos semejantes los gobernantes civiles del régimen derrocado. La segunda razón de aquel desmedido habrá que encontrarla en las perturbaciones de carácter personal sobreveniadas en la alta oficialidad del Ejército con motivo de la necesidad de llevar adelante los procesos judiciales contra los militares comprometidos en el desastre de Annual, perturbaciones que han llegado a plasmarse recientemente en noticias acerca de rivalidades y entredichos entre unos y otros generales. Y la tercera razón fundamental estaría en el desgaste, que podríamos llamar fisiológico, de una promesa formal que perdura y no tiene a realizarse tan rápidamente como sería menester. El Directorio prometió demasiado tal vez al encarar el poder, prometió la vuelta a la normalidad en un brevísimo periodo, y aunque no dudamos de que su buena intención se ha puesto con frecuencia de manifiesto, lo cierto es que el optimismo del primer arranque hizo brotar en la conciencia española esperanzas que el transcurso más o menos ocioso del tiempo se encarga de ir maltratando o desvaneciendo, principalmente en los espíritus de mayor vehemencia patriótica.

Las medidas de fuerza tomadas ahora han de tener mundial repercusión. Es tan universalmente conocida la figura de D. Miguel de Unamuno, maestro convejeado en el estudio y la polémica, hombre de conciencia libre y de arrebatado espíritu luchador, que no habrá quien deje de pensar que el Directorio ha de haber meditado mucho en la posibilidad de arremeter contra un ilustre adversario.

D. Miguel de Unamuno ocupa en España y en América una elevada situación intelectual y desarrolla sus personales puntos de vista filosóficos y sociales entre la afectuosa atención de un gran público. Siempre batalló infatigable contra los Gobiernos civiles anteriores sin que se le pueda acusar de haber confundido sus rudas doctrinas con sus inclinaciones personales; antes bien, en varias ocasiones dió prueba de su desapego por los intereses y los hombres aceptando, y aun quizá provocando, procesamientos que le dieron singular prestancia. Su oposición al Directorio no es, por lo tanto, sino la continuación de su obra doctrinaria de crítica, desenfadada y violenta, pero autorizada por su sinceridad y amparada por su indudable patriotismo. En este mismo número de LA NACION publicamos un artículo suyo, que es el primero de la campaña que sólo ahora, después de tres meses de expectativa, iniciaba contra los nuevos gobernantes de su país; en él puede encontrarse tal vez el lector la clave de lo que iba a ser esa campaña y del efecto que otras manifestaciones de ella habrán tenido en la opinión española.

D. Rodrigo Soriano, el otro persona le desterrado hoy por el Directorio, es el famoso diputado republicano que tan ruidosa actuación tuvo en los Congresos de hace diez años y en sus campañas ardorosas en pro de la república y en contra de los elementos conservadores del Gobierno.

